

Arturo Marasso

De mi amistad con don Joaquín

EN alguna parte digo que Carlos Vega Belgrano me pedía que escribiese las conversaciones de Joaquín V. González; no sé si se me ocurre o lei que lo mejor de Goethe eran sus conversaciones; algo de eso ocurría con González, cuya biblioteca se había convertido en su cátedra íntima. Había que oírlo para conocerlo. No le pregunté a González ni él me lo dijo, por qué tenía en lugar de honor, como único retrato de su biblioteca, el de Vega Belgrano; el de Manuel, el creador de la bandera, su inspirador, presidía su mesa de trabajo; ya "El Tiempo", de Vega, había dado los últimos parpadeos; González lo nombró bibliotecario de la Universidad; y Vega, viejo y en la pobreza, recompensaba el parvo sueldo llevando cada día en su viaje por tren a La Plata una parte de sus libros, que donaba a la biblioteca universitaria.

Me llevó González una noche al teatro Victoria, a la representación de un drama de Zorrilla. Mi primera impresión fue la de ver allí gente de edad, de oír el acento español en muchas voces y el conocer personalmente por los saludos a

literatos y señores que pertenecían a la tradición castiza de Buenos Aires; esos cabellos canos, la etiqueta de los trajes y un cierto cariñoso orgullo de oír al poeta romántico, me traían a la memoria la invitación de sus versos: "Viejos que idolatráis vuestros mayores, venid, yo os contaré vuestra grandeza". Al asomar los pasajes célebres del drama corría por el auditorio un murmullo. Allí estaban beneméritos defensores de la tradición del idioma español en Buenos Aires; mucho hicieron, paladines en ese tiempo de la integridad del habla literaria. González era hispanista y gramático; también había sido gramático Cicerón, el insustituible maestro latino de toda buena república. Lector de poetas universales de todos los tiempos, me dijo: "Crean algunos que la poesía está en los versos de Alcázar: 'En Jaén donde resido'. Estas redondillas son agradables, nada más; la poesía de nuestra lengua carece de intimidad, de hondura en la inspiración, salvo excepciones", y agregó, sonriéndose: "Es que el verdadero poeta es siempre una excepción". Se opone a la *usata poesía*, al aca-

demismo, en sus *Fábulas Nativas*, a la lengua "empobrecida a fuerza de abolengó".

Le regalé una mañana, por 1913, la primera edición de la *Apología de los asnos*, de Madrid, 1829. Por la tarde fui a una librería de viejo; al inclinarme a mirar unos libros, una mano me tomó del brazo; era González; me mostró con una sonrisa de triunfo la voluminosa edición anotada de la obra que yo le había llevado: *El asno ilustrado o sea la Apología del Asno*, Madrid, 1837. En esos años pensaba dedicar a los asnos algunas páginas, y no creo que irónicas, en un artículo de LA NACIÓN. Unamuno se le adelantó; en la fábula *El asno y la cigarra*, de bellos versos, cita en nota "el raro y curioso libro", en la edición mayor y transcribe un intencionado fragmento.

Tenía González en sus estantes el centenar de tomos, de tapa naranjada, de la *Bibliothèque de Philosophie Scientifique*, del editor Flammarion; era la última palabra de la ciencia del primer tercio del siglo; treinta años después, la colección, aunque conserva el nombre, actualizó los autores y los temas; es la última palabra de hoy. Tenía la colección Alcan, hoy la *Bibliothèque de Philosophie Contemporaine*; también es otra, se renovaron los autores y el contenido filosófico. La persona histórica más actual de hoy, por la innumerable suma de estudios que se le consagra, es Platón; el noble positivista Spencer lo trataría con más respeto hoy que hace setenta años. González tenía el poder de evadirse de una tiranía dogmática, era la aspiración la que iba adelante. Aun su lema tomado de *Kabir*: "todas las contradicciones están resueltas", es una evasión de la lucha por intereses pequeños; la verdad que había "aceptado con su vida" superaba las contradicciones.

El carácter profético de González está principalmente en la amistad; él era el

amigo, el amigo de los jóvenes que se proponen una obra; decía palabras que uno no puede recordar sin conmoverse; entraban en el alma como el estímulo de un destino que se identifica en una aspiración que alguna vez ha de lograrse; si el compromiso no fue del todo cumplido, González queda a nuestro lado, en una intimidad y una bondad que están más allá del momento; él tenía la insatisfacción de sí mismo, continuaba en la obra, en la meditación y el estudio, se descubría en él y en los otros con la certeza de nuevos espacios en exploración interminable.

Entre entrañables amigos puede haber una reserva, una inadvertida desconfianza; con González no, porque quería el bien y guiaba hacia el bien, ya se estaba en la iniciación que él animaba y compartía; no había desniveles sino una comunión en una inefable partícula santa; por eso el recordarlo conmueve y en este González humano se transparenta el amigo generosamente actuante para siempre. No todos poseemos la abnegación del espíritu; él la tenía, como el don de una divinidad inspiradora, en la que no era extraña la espera de una nueva edad áurea, la revelación insospechadamente próxima. Alguien podía olvidarlo, negarlo, él estaba curado, escribió *Amistad de artista* y perdonaba. Se le ocurrió decir, según me contaba, a algún político desconfiado: "Yo voy hacia Sirio, sígame si puede". Él era fiel; miembro de una logia, lo fue públicamente, hasta su muerte, sin que dejara de ser con entera libertad lo que era y podría ser mañana. Y ante una persona que lo elogiaba, me confesó: "Dice que escribo bien, porque he sido ministro". En su labor diaria, él estuvo en la noche estudiantina, "pasé la vida en mi biblioteca", escribe; periodista o ensayista, abarca el tema en sus fundamentos; nos presenta a Sarmiento, como

SEMBLANZA

lo vio con su tiempo, en un discurso; invoca con la emoción del instante "la vida augusta de Ricardo Gutiérrez"; la impresión de una visita a Guido Spano "en su nueva morada, más sombría, más pobre, más estrecha que la anterior, pero según sus gentiles palabras: "Hay leones que viven como soberanos en cuevas más angostas y oscuras". En estas notables páginas asoma la imagen del olivo centenario, alrededor de cuyo tronco se levanta "un bosque de retoños vigorosos". Él conoció, como también alcancé a ver, estos venerables olivos entre una selva de retoños; en alguna ocasión alegoriza en el viejo olivo, rodeado de renuevos, al maestro.

El general Roca lo visitaba a menudo, en 1913, para conversar de asuntos de educación que se trataban en el Congreso. Lo oí hablar de sus amigos, los discípulos americanos de Comte, con interés y familiaridad y de alguno con no sé qué diablillo irónico en la mirada. Hablamos del latín; ante la ineficacia de su enseñanza hubo que contar con los profesores venideros. Escribió González: "He creído y creeré, aún por mucho tiempo, imposible entre nosotros la incorporación de las lenguas latina y griega, como partes permanentes del régimen de los colegios secundarios, mientras no tengamos maestros propios y suficientes, en número y capacidad para enseñar con amor y patriotismo, tan difíciles disciplinas". Los positivistas argentinos, casi todos discípulos de la escuela de Paraná, eran de una moral irreprochable, ejemplo de sus alumnos, como se debe ser el maestro.

"Como recorrió todos los campos de la actividad mental, dice Mariano de Vedia, hizo amistades por el estudio", esas amistades comprenden desde la eminencia de un Ameghino, genial autodidacto, de los profesores de ciencias naturales, astrónomos, educadores, geólogos, pinto-

res, poetas, arqueólogos, a cuantos descubría y elogiaba y trataba de estimular, para encumbrar con ellos la República. Nunca envidió a nadie, se complacía con la obra ajena; casi nunca hablaba de sí mismo; pensaba en lo que debía hacer y no en lo que ya había hecho. Carlos Berg, Holmberg, lo iniciaron en las ciencias naturales; él las seguía con las publicaciones argentinas y extranjeras.

Hombre de idiomas, desde el latín aprendido en Córdoba, alternaron en su primera época la influencia francesa de los tratadistas como Montesquieu, de los enciclopedistas, los maestros literarios que lo inspiraron en su prosa poética. Chateaubriand, Lamartine, con los ingleses, a los que se inclina más en la segunda mitad de su vida, educadores, ensayistas y parlamentarios. Alguna vez habló de "la vocación ruskiniana" de González, que leía y admiraba a Ruskin, y que le sirve de puente hacia la contemplación admirativa de la obra natural y de arte. El inglés le descubre finalmente a Omar Khayyam y a Tagore y lo pone en contacto con la obra eminente de sus universidades. El prerrafaelismo inglés, la actualidad entre nosotros de la *Divina Comedia*, con la traducción de Mitre, lo atraen aún más al italiano del Renacimiento; ya en *Mis Montañas* se advierten alusivas imágenes dantescas; decía de memoria versos del *Infierno*, relacionándolos con circunstancias psicológicas; su culto era Leonardo. En su lectura continua de tratadistas de derecho, de colecciones jurídicas, de educación y de ciencia, prevalece la lengua inglesa. Mejor dicho, prevalece toda novedad, los libros estaban a la mano en las librerías; se los buscaba donde se encontrasen; se los encargaba. ¡Dichosa vida la del que lleva a su casa la ración diaria de libros y revistas sabios!

Vicente Fatone dedicó recientemente la nueva edición de su libro *El budismo nihilista* a la memoria de González, "entre nosotros —dice— el primero que conoció y amó a los filósofos y poetas de la India". Esta compenetración se origina por la lectura en inglés de *Sádhana*, 1913, y de las otras obras de Tagore. No fue en González una "conversión", fue una confirmación de sí mismo. También descubría en Tagore la escuela que él había soñado y en la que hubiera querido ser maestro; la escuela Shantiniketan, escribe González en el memorable prólogo de su traducción de Kabir, "será templo de amor, germen de cultura y grandeza espiritual y surtidor de paz que conducirán por el mundo todos sus hijos". No es arriesgado creer que ya antes él había pensado en algo como Shantiniketan, cuando fundó la Universidad de La Plata. Luego viene el sublime lirismo de los *Cien Poemas de Kabir*, el gran

místico que tradujo Tagore al inglés, de la discutida edición de Kshite Moan Sen, y que puede ser en parte una adaptación occidental de Tagore y hasta cierto punto una creación propia en donde entra como elemento primordial la enseñanza de Kabir. Aunque con rigurosa erudición, Charlotte Vandeville, en su reciente traducción de Kabir, los aparta "por no ofrecer garantías de autenticidad", quedará la versión de Tagore como una obra de inspirada belleza. González, al traducirla del inglés, la hace suya, consubstancial de su alma. Al publicar en su revista *ATENEA*, en 1918, los *Cien Poemas de Kabir*, dice Rafael Alberto Arrieta, refiriéndose a esta obra de González, prologuista y traductor: "Quien a través de intensa y fecunda vida lo diera todo a su patria, desde las cumbres más altas de la política y de la educación, nos habla ahora con el idioma del hombre que ha quemado los últimos granos de sus pasiones terrestres".